

AMOR *Tormentosa*

ROMANCE JUVENIL Y
PRUEBAS AL AMOR VERDADERO



MARTA ESCUDERO

AMOR TORMENTOSO

Romance Juvenil y Pruebas al Amor Verdadero



Por Marta Escudero

© Marta Escudero 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Dedicado a;
Marta, por cuidar de mi hermano.
Mario, por inspirarme a ser más.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

I

Todo parecía estar borroso, sentía una sensación extraña como si no estuviera dentro de su cuerpo y que la realidad que pasaba fuera de sí, la estuviera apreciando desde ojos ajenos.

Veía el horizonte, sin distinguir figura alguna, y un escalofrío recorría su espalda hasta llegar a su nuca; tenía miedo, no sabía por qué ni de qué, pero él tenía miedo. Con un pestañeo, el horizonte se contrajo y se convirtió en una sala de estar, conocida, extrañamente familiar, pero aún así no se sentía cómodo.

La habitación estaba vacía, estaba seguro que la conocía, pero no daba con el nombre del lugar ni ningún elemento concreto de su pasado allí.

Pudo divisar el mismo horizonte a través de la ventana: un camino despejado que se extendía hasta donde la vista podía llegar a ver, y un sol ocultándose en el fondo; él reconoció los puntos cardinales, único pensamiento cuerdo hasta entonces, aunque presentía que eso no le ayudaría de nada.

Un ruido penetró en aquella habitación, asustado, volteó y vio deslizarse una pelota por los pies de la escalera, y detrás de ella una niña. Una niña como de otra época, inmaculada y vistosa, con su cabellera castaña recogida con dos pequeños lazos simétricos en su cabeza y su vestido de flores azules.

La pequeña creatura bajó las escaleras y detrás de su juguete y se detuvo al sentirse observada; volteó la cabeza hacia donde estaba él pero no reparó en su presencia. Él siguió sintiendo miedo. Se preguntó por qué no lo había visto, mientras un gran sentido de insignificancia se sumaba a la masa de sentimientos que lo ahogaban.

La niña se marchó corriendo, como asustada de algo que no podía ver pero que sabía que estaba detrás de ella, al acecho, algo que le provocaba un gran miedo. Él fue tras de ella, persiguiendo la tonta idea de que esa niña era la razón del porqué se encontraba en ese extraño lugar.

Emprendió un paso veloz pero intentando no hacer ruido, se dio cuenta de que todo se encontraba en un extraño silencio. Atravesó aquella sala hacia la puerta principal de la casa, la cual estaba inundada en una incandescente luz blanca, cruzó aquel umbral y quedó ciego por unos segundos.

Al recobrase de aquel repentino exceso de luz, se sintió desorientado. La sala de un hospital; frío e impersonal. Ahora nada se le hacía familiar, nada se le hacía conocido, y se sorprendió al admitir que se alegraba por eso. Empezó a caminar entre aquellos pasillos solitarios, y creyó haber caminado por mucho tiempo.

Encontró una puerta abierta, y se dirigió a ella. Con precaución se asomó apoyando su cuerpo de la pared, y sintió un vacío en el estómago al ver el interior de aquel pequeño cuarto a una persona sentada en la cama, con el ánimo caído.

El pestañar se encontró sentado al frente de un hombre viejo, el que había visto tan solo un segundo antes, de rostro apacible y amable, pero que igual le ejercía un gran miedo. Entre ellos se encontraba un tablero de ajedrez con una partida empezada, él sintió que estaba perdiendo, pero no recordaba cuando había comenzado a jugar.

- No terminará hasta que tú lo decidas, pero tus aliados sufrirán la consecuencia de tu indecisión.

Dijo aquel viejo mirándolo directamente a los ojos. Él intentó contestarle, preguntarle quién era o qué hacía allí, pero fue imposible gesticular sonido alguno. Le devolvió la mirada a aquel sujeto y sintió como si lo conociera de

hacía mucho tiempo, sin poder recordarlo. Se sintió invadido por una gran intriga, empezaba a pensar que nunca saldría de ese lugar, de esa locura sin sentido en la que estaba viviendo.

El frío en su nuca empezó a convertirse en calor, y con eso la desesperación aumentó en él. De un tirón derribó el tablero al suelo y con todas sus fuerzas gesticuló un grito, que no provocó sonido alguno. El viejo impassiblemente lo miró con una triste alegría, como el padre que ve a su hijo caerse al intentar aprender a manejar bicicleta.

Sintió vergüenza de sí mismo y sus ojos se cerraron, se calmó un poco y al abrir los ojos se encontró de nuevo en la habitación anterior, sentado en el mueble al lado de la ventana con aquel horizonte sumido en silencio. Escuchó de nuevo el sonido de la pelota deslizándose por los escalones y esperó ver a la niña buscándola.

Pero no fue una niña lo que se cruzó por sus ojos. Una mujer, delgada y atractiva, con su cabello castaño recogido en una cola de caballo y un casual vestido azul de flores. Se agachó para recoger la pelota, y al incorporarse, volteó la cabeza hacia él. Pudo observar unos ojos tristes y vidriosos, bañados por lágrimas que se deslizaban hasta caer al suelo desde el borde de sus mejillas.

Él empatizó con aquella mujer, y sintió como si conociera el motivo de su llanto. Ella al verlo, no hizo como si no lo conociera, en cambio se fue acercando a él lentamente. Él se sentía más nervioso a medida que se acercaba hasta su lugar, una mezcla de atracción y miedo, y nostalgia se incrementaba en sus adentros; aunque podía ver sus ojos, su rostro no tenía ningún significado para él.

Ahí estaba ella. Él, sabiendo que sería inútil intentar hablarle, se limitó a verla fijamente a los ojos, esperando que sus miradas dijeran lo que no podrían expresar las palabras. Ella empezó a sonreír y por un efímero instante él se

sintió feliz. Al bajar la mirada, vio que en su regazo descansaba un libro igualmente de conocido que el resto de las cosas que había visto. Lo abrió y se percató que era un álbum fotográfico.

A medida que pasaba las páginas, sentía una dulce nostalgia al ver sus recuerdos más preciados. Reconoció a la mujer que hace poco estaba al frente de él, y a la niña que sería ella misma antes de que la conociera. Reconoció la casa en la que se encontraba y el paisaje que se vislumbraba afuera de la ventana, el cual había visto durante los últimos dos años.

Por último, se reconoció a él mismo en aquellas fotos, amando cada momento retratado en aquellas fotos, junto a la mujer que era su esposa. Se sintió en calma, pero de repente, recordó las palabras de viejo, y justo en ese momento, se dio cuenta que todo había sido un sueño.

II

- Vas un poco rápido, baja un poco la velocidad, cariño.

Le decía Sarah a su esposo que iba manejando aquel viejo corsa al que le tenían tanto cariño. Había sido la primera inversión en conjunto luego de casarse, luego de alquilar el pequeño apartamento en el centro, por supuesto.

Ese pequeño automóvil, de dos puertas y vidrios manuales, los había acompañado los últimos cinco años y había sido para ellos un gran compañero, cómplice de sus aventuras de recién casados y el anfitrión de tan buenos recuerdos. Aun le quedaba mucha vida por delante.

-Vale, está bien, bajaré la velocidad.

Contestó Luca, con los ánimos de alguien que acaba de sufrir un cambio brusco en su vida. La verdad, aun no le convencía mucho la idea, pero era lo que había recetado el doctor, y sobre todo, es lo que haría que Sarah pudiera dormir en las noches.

Él quería mucho a esa mujer, que más que su esposa, se había convertido en su mejor amiga, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que ella estuviera tranquila, aunque eso implicara darle un giro de ciento ochenta grados a su vida, y emprender una nueva vida en el campo, lejos de estrés y los problemas de la gran ciudad.

-¿Estás cansado? ¿Quieres que paremos para que descanses un poco?

-No, tranquila. Solo necesito un nuevo tipo de música – cambia la emisora del coche sin despegar la vista del camino – ¿ves? Un poco de Rock&Roll es lo que me hacía falta, ya estaba aburrido de las baladas pop.

- Está bien, querido – Sarah lo contempló por un momento y le tomó el brazo derecho, que mantenía alejado del volante – Estoy tan feliz que hagamos esto, ya verás qué bien nos irá.

- Bueno, de eso no estoy tan seguro – contestó Luca un poco tenso – nosotros no sabemos nada de la vida del campo, somos unos ciudadanos modelos, compramos nuestras verduras en el mercado y la demás comida la buscamos en las latas del supermercado, así que tú me dirás cómo vamos a...

- ¿Tú no trabajaste en el campo cuando viviste en Italia? – dice Sarah en tono cortante pero despreocupado.

- Yo viví en Roma, era la misma ciudad que aquí pero con un acento más raro.

- Pero, ¿y las fotos que tu madre me mostró?, ahí te veías como todo un campesinito, entre las siembras de tu abuelo.

- Solo iba los veranos, y mi nono me hacía recoger unos cuantos tomates, no es como si me hubiera graduado de la universidad de los granjeros.

Luca se había molestado, desde el accidente se ponía de mal humor muy rápido, pero a Sarah no le importaba, ella lo seguía viendo con sus ojos llenos de amor y ternura.

-Tranquilo, ya verás que nos irá bien.

Al decir esto, le asestó un beso en la mejilla. Luca se sintió altamente agradecido por aquel gesto por parte de su esposa, lo ayudó a relajarse. Él sabía que a veces se preocupaba de más, pero era que Sarah era muy risueña y optimista, parecía una niña que se ilusionaba con todo, el mundo exterior era un lugar muy grande y lleno de esperanzas, donde los sueños se podían hacer realidad tan solo

con desearlo; él sabía que las cosas no eran tan fáciles, pero al fin y al cabo, eso era lo que le gustaba de ella.

Amaba la forma en que ambos se complementaban: por un lado, la mente fría y calculadora de Luca, y por el otro, la imaginación y optimismo de Sarah. Idealismo y realismo agarrados de la mano, mientras se dirigían por aquella carretera, rumbo a una nueva vida. A Luca le vino a la mente la imagen de Don Quijote y Sancho Panza, no pudo evitar sonreír ante aquel pensamiento, habiendo supuesto que Sarah sería aquel hombre flaco y odioso. Se guardó su comentario para que su esposa no se ofendiera.

-Sí, de seguro nos irá bien – apartó la mirada de la carretera y la vio a los ojos – todo irá bien mientras estemos juntos.

Sarah se conmovió, su corazón empezó a latir fuertemente dentro de su pecho y no pudo evitar que se le salieran las lágrimas, las cuales, al verlas Luca, volvió la mirada al camino y guardó silencio.

-No puedo creer que casi te pierdo – las lágrimas comenzaron a brotar más intensamente – cada vez que lo pienso me dan ganas de...

Ahogó un quejido entre sus manos, y se dispuso a llorar en su asiento intentando hacer el menor ruido posible.

- Sarah, tranquila, todo está bien. Lo que pasó no fue nada, simplemente una señal de que debíamos cambiar algo, y eso es lo que estamos haciendo, no hay de qué preocuparse – Sarah seguía llorando, soltó una mano del volante y la colocó en la pierna de la muchacha – no me gustas cuando lloras.

Pero eso no era verdad, sentía cierta atracción cuando veía a su esposa llorar, que eran más de las veces que él consideraba necesarias. Sarah era tan inocente, tan gentil,

tan pura, que cuando la veía llorar se daba cuenta que no estaba preparada para afrontar el mundo, y ahí era donde él entraba en su vida, para alejar todos los peligros de aquel ser angelical que llamaba esposa.

De cierto modo, Luca se sentía culpable por la dependencia que Sarah le había tomado, ella no habría podido llevar a cabo aquella mudanza por sí sola, ni lidiar con las facturas de los bancos, ni tratar con el señor del supermercado, ni el mecánico del coche, ni... en fin, Sarah era como una niña en un cuerpo de adulta, y de cierta manera, eso lo atraía, el sentirse necesitado por una persona; y aunque el no lo admitía ni pensaba en ello, sabía que le estaba haciendo un gran daño, sobre todo después de que él casi pierde la vida en aquel accidente.

A lo mejor la vida en el campo sí sería lo mejor que podían hacer, a lo mejor les iría bien e iban a poder llevar una rutina tranquila, que les permitiría a él tomar sus fotografías y a ella escribir la novela que tanto había querido escribir, durante tantos años.

Sarah cesó su llanto, ya estaba aprendiendo a controlar sus ataques de frustración, la idea de perder a su esposo era inconcebible, y la única manera de solventar esa dicotomía de sentimientos era llorar, llorar hasta que Luca la dijera que todo iba a estar bien.

- Todo irá bien, mientras estemos juntos.
- Mientras estemos juntos.

Sarah se apoyó del brazo de Luca viendo el camino avanzar. Luca mantenía la mirada al frente, sintiendo el peso de Sarah en su brazo, a gusto, conforme con lo que estaba viviendo y agradecido por todo lo que les quedaba por vivir, sin duda habría grandes cambios pero no le importaba, mientras estuviera con su querida Sarah.

Y así se quedaron ambos, aletargados por la monotonía del camino, y por el sol que se ocultaba lentamente a su derecha, como si no quisiera que ellos se dieran cuenta que se estaba marchando, como si no quisiera dejar de verlos en aquel pequeño coche, queriéndose como ellos se querían.

La noche ya estaba sobre el cielo, y Luca estaba impacientándose. Veía con dificultad y el cansancio del viaje ya le estaba pegando sobre los hombros. De repente se empezó a sentir mal, sentía una enorme frío en la nuca y en su pecho se anudaba un miedo disperso, como si algo malo pudiera pasar en cualquier momento. Se enderezó en su asiento y Sarah se despertó del pequeño sueño en el que había caído apoyada en el brazo de él.

- ¿Ya llegamos? - Preguntó ella desperezándose.

-No, pero ya debemos estar cerca.

Luca giró la cabeza para transmitirle tranquilidad a su esposa dedicándole una sonrisa, y en el momento en que volvió la mirada al camino, solo alumbrado ahora por los faros del pequeño automóvil, vio como dos grandes ojos se reflejaban justo al frente de él, enmarcados en una silueta encorvada y confusa, lo suficientemente cerca como para que no tuviera tiempo de frenar antes de impactarlo.

El muchacho, en fracciones de segundos, y más por un instinto básico que por su acostumbrada capacidad de toma de decisiones, giró el volante bruscamente para evitar chocar aquel sujeto en medio de la carretera. Sarah ahogo un grito al sentir el desvío del coche, y sus ojos se cerraron cuando impactó con un árbol que se encontraba a poca distancia de la vía.

Luca no había tenido tiempo de gritar, su frente había golpeado contra el volante y sabía que en pocos segundos perdería el conocimiento. Se volteo para ver a su esposa y sintió alivio al notar que llevaba el cinturón de se-

guridad, sabiendo que no podía hacer nada, se resignó a desmayarse.

Pero antes de cerrar los ojos, vio a la figura que se le había atravesado en el camino, estaba ahí, al frente de él, en un espacio entre su mente y el vidrio del coche, lo miraba, y en el reflejo que salía del interior de aquellos ojos desconocidos, sintió reconocerlos de alguna parte.

III

Luca abrió los ojos, se encontraba en la sala de un hospital, o por lo menos eso parecía. Estaba desorientado y las luces blancas le cegaban la vista. El olor a hospital era inconfundible.

Sí, estaba en un hospital. Empezó a tomar conciencia de su cuerpo, y sintió una vía intravenosa en su brazo derecho, también se dio cuenta que estaba desnudo, solo cubierto por una bata muy delgada, la cual estaba muy seguro de que nunca había utilizado en su vida.

La costaba respirar, empezó a mover los dedos de los pies y sintió una repentina desesperación, intentó bruscamente levantarse de la cama pero en seguida una enfermera lo tomó por los hombros y lo obligó a recostarse; sintió que la enfermera no tuvo que hacer mucho esfuerzo, por lo cual concluyó que estaba demasiado débil.

- Señor Vincenti, quédese acostado, no haga esfuerzo.

Dijo amablemente la enfermera, él le vio la cara y se sintió tranquilo, pero tenía muchas dudas, no sabía por qué había llegado hasta ahí. Lo último que recordaba era estar en su oficina, conversando con un importante cliente el cual solicitaba los servicios de la empresa para realizar toda la publicidad de su nuevo producto.

Luca se había preparado mucho para la reunión, recordó había tenido una semana muy agotadora, y los nervios de la reunión lo tenían sumamente estresado. Recordó cuando el cliente entró en su oficina y él se paró a saludarlo, era un hombre muy viejo, pero algo se le hizo sumamente familiar. ¿Acaso lo había visto antes?, caminó hacia él y le dio la mano, que estaba fría como el hielo. Luego no pudo recordar más.